

SOCIOBIOLOGIA

POR

ENCARNACIÓN LÁZARO MARÍ y VICENTE JOSÉ FERNÁNDEZ BURGUEÑO

Introducción.

En 1975, el conocido entomólogo norteamericano y catedrático de la Universidad de Harvard, Edward Osborne Wilson publicada «Sociobiología: la nueva síntesis» (1) en la que sentaba las bases científicas de una nueva disciplina: la sociobiología, que él mismo definía «como el estudio sistemático de todas las formas de conducta social, incluida la conducta sexual y parental, en toda clase de organismos, incluidos los humanos» (2).

Tomando como punto de partida la síntesis moderna del neodarwinismo (3) y el biologismo de los años 60 de Konrad Lorenz (4), Robert Ardrey (5) y Desmond Morris (6), proyec-

(1) E. O. WILSON, *Sociobiología: la nueva síntesis*, Ed. Omega, 1980 (edición original, *Sociobiology, the New Synthesis*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 1975).

(2) E. O. WILSON, «¿Qué es la sociobiología?», en *Teorema*, vol. XII/3, Ed. Universidad Complutense, Madrid, 1982, pág. 238.

(3) El propio WILSON se declara neodarwinista: «Después de todo, mis colegas y yo no habríamos hecho más que extender el neodarwinismo al estudio de la conducta social y de las sociedades animales, y los principios biológicos fundamentales que utilizamos eran en su mayor parte convencionales». Cfr. E. O. WILSON, *¿Qué es...?*, pág. 237.

(4) KONRAD LORENZ, *Sobre la agresión: el pretendido mal*, Siglo XXI de España Editores, S. A., 1972.

KONRAD LORENZ, *Consideraciones sobre la conducta animal y humana*, Plaza & Janés, S. A., Editores, 1974.

(5) ROBERT ARDREY, *Génesis en África: la evolución y el origen del hombre*, Hispano-Europea, 1969.

ROBERT ARDREY, *El instinto de dominio*, Hispano-Europea, 1970.

taba la utopía evolucionista a la conducta social animal, incluida la especie humana, con el reduccionismo de las ciencias sociales a la biología evolutiva y con un determinismo biológico prácticamente absoluto.

Las obras de E. O. Wilson.

Como el propio Wilson explica en el prefacio de una de sus obras, éstas constituyen una trilogía. En 1971 publicó un libro sobre las sociedades de insectos (7), cuyo último capítulo se llamaba «El prospecto de una sociobiología unificada». En él, Wilson propugnaba que los mismos principios de zoología comparada y de biología de poblaciones que había aplicado a los insectos sociales podían aplicarse a los vertebrados. Cuatro años más tarde publicaba «Sociobiología: la nueva síntesis», cuyo capítulo final, «El hombre: de la sociobiología a la sociología», llevaba a la conducta humana y a las ciencias sociales los rígidos postulados biológicos ya aplicados a los animales, ya que en la sociobiología se encuentran las bases teóricas para la nueva síntesis que explique, sin salirse del esquema general, todo comportamiento social animal, desde los animales inferiores, como esponjas o medusas, hasta el hombre (8).

(6) DESMOND MORRIS, *El mono desnudo*, Plaza & Janés, S. A., Editores, 1968.

DESMOND MORRIS, *El zoo humano*, Plaza & Janés, S. A., Editores, 1970.

(7) E. O. WILSON, *The insect societies*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 1971.

(8) Se explica que WILSON utilizase el título *Sociobiología: la nueva síntesis* porque pretendía superar la síntesis moderna que el neodarwinismo quiso representar sobre el darwinismo clásico del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. La sociobiología wilsoniana superaría al neodarwinismo y posibilitaría una síntesis más completa.

El propio WILSON ha explicado, con más detalle, el porqué eligió el término sociobiología: «El término sociobiología fue usado independientemente por JOHN P. SCOTT en 1946 y por CHARLES F. HOCKETT en 1948, pero la palabra no fue recogida inmediatamente por otros. En 1950 SCOTT, que había estado actuando como secretario del pequeño pero influyente

A este libro siguió un gran despliegue de los medios de comunicación que permitió a E. O. Wilson (9) difundir en actos públicos y en toda clase de publicaciones sus planteamientos. Por ejemplo, las revistas *People* (10), *House and Garden* (11) y *The New York Times Sunday Magazine* (12), le abrieron sus páginas. Ello llevó a una apreciable popularización de la sociobiología y a que tanto en Congresos como en Universidades se dedicaran sesiones y seminarios a su estudio. Así, en un congreso de la Asociación Norteamericana de Psicoterapeutas se realizó un grupo de trabajo titulado «Termitas, Primates y Hombres. El Valor de Supervivencia del Comportamiento de Grupo». In-

Comité para el estudio de la conducta animal, sugirió sociobiología más formalmente como término para designar «la ciencia interdisciplinaria que se sitúa entre los campos de la biología (particularmente ecología y fisiología) y la psicología y la sociología». Entre 1956 y 1964 SCOTT y otros constituyeron la sección sobre conducta animal y sociobiología de la Sociedad Ecológica de América. Esta sección se convirtió en la sociedad sobre conducta animal. De 1950 a 1970, el término sociobiología se empleó intermitentemente en artículos técnicos, un uso inspirado evidentemente por su condición casi oficial. Pero también se empleaban otras expresiones como biosociología y sociología animal. Cuando escribí el capítulo final de las sociedades de insectos (*The Insect Societies*) [1971], que se titulaba *Perspectivas para una sociobiología unificada* y cuando escribí *Sociobiología: la nueva síntesis* (1975) donde sugería que debería ya constituirse una disciplina separada que tuviera sus cimientos en la genética y en la biología de poblaciones, elegí el término sociobiología en lugar de otra expresión nueva, porque creí que les resultaría familiar a la mayoría de los estudiosos de la conducta animal y, que por lo tanto, sería más fácilmente aceptado». Cfr. E. O. WILSON, *¿Qué es...?*, pág. 239.

(9) Aunque nos vamos a referir fundamentalmente a las obras de WILSON ya que, sin ninguna duda, es el sociobiólogo más representativo, otros sociobiólogos que han contribuido al desarrollo de esta disciplina son: R. D. ALEXANDER, D. P. BARASH y R. L. TRIVERS.

(10) E. O. WILSON & G. JENNES, «Sociobiology is a new science with new ideas on why we sometimes behave like cavemen», en *People*, núm. 4, 1975, págs. 68-71.

(11) E. O. WILSON & C. SEEBOHM, «Getting back to nature—Our hope for the future», en *House and Garden*, núm. 148, 1976, pág. 66.

(12) E. O. WILSON, *Human decency is animal*, *The New York Times Magazine*, 12 de octubre de 1975, págs. 38-50.

cluso se ha realizado un curriculum completo de bachillerato, centrado en la sociobiología, llamado «Explorando la Naturaleza Humana» que se ha impartido en 27 estados norteamericanos (13).

Por último, en 1978 aparece «Sobre la Naturaleza Humana» (14), para profundizar en lo que anteriormente había enunciado. Este texto, aunque no es propiamente científico como reconoce su autor, pretende cerrar la brecha abierta entre naturalistas y científicos sociales en lo referente a la conducta humana, llegando a formular una concepción nueva sobre la especie humana y su historia (15).

(13) I. DE VORE, G. GOETHALS & R. TRIVERS, *Exploring human nature*, Cambridge, Mass., Educational Development Corporation, 1973.

(14) E. O. WILSON, *Sobre la naturaleza humana*, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, núm. 187, México D. F., 1980 (edición original *On Human Nature*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1978).

(15) En 1981, WILSON, publicó un nuevo libro: E. O. WILSON & C. J. LUMSDEN, *Genes, Mind and Culture*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1981.

WILSON y LUMSDEN están tratando de estudiar las relaciones entre la evolución genética y la evolución cultural sobre la base de que el problema reside en el análisis evolutivo del desarrollo cognoscitivo.

Han definido la unidad de herencia cultural a la que denominan *culturgen* (que engendra cultura) y la han definido como «el conjunto relativamente homogéneo de artefactos, conductas o «mentefactos» (construcciones mentales que tienen poca o ninguna correspondencia directa con la realidad) que, o bien comparten sin excepción uno o más estados de atributos seleccionados por su importancia funcional, o al menos comparten una gama consistente de tales atributos dentro de un conjunto politético determinado».

Las propiedades de los culturgenes se sitúan o relacionan con las estructuras nodulares de la memoria a largo plazo, por lo que pueden ser caracterizados mediante las técnicas utilizadas por los psicólogos cognitivos en el análisis del desarrollo mental.

Para ambos autores las formas más complejas de comportamiento no son heredadas por transmisión cultural y, por lo tanto, la cultura no evoluciona independientemente de la biología, ya que algunos culturgenes

Teóricamente, la sociobiología es una disciplina científica dedicada al estudio de la conducta social, a caballo entre la etología y la genética de poblaciones. Se puede distinguir, y de hecho muchos autores lo hacen (16), una sociobiología animal y una sociobiología humana. La sociobiología animal ha suscitado muchas discusiones entre los especialistas (17), pero no plantea más problemas que los inherentes a cualquier otra disciplina científica. La sociobiología humana es, sin embargo, el centro de la polémica, al sobrepasar los límites de la ciencia. Debido a ello, algunos científicos (18), que defienden y aceptan la sociobiología animal, rechazan las extrapolaciones wilsonianas sobre la naturaleza humana.

Reduccionismo biológico y sociobiología.

En las últimas décadas, reconocidos naturalistas habían habituado al mundo científico, y hasta cierto punto al gran público, a discursos en los que se mezclaban, muchas veces sutilmente, las consideraciones científicas y las elucubraciones filosófico-ideológicas, como Konrad Lorenz, Jacques Monod (19) y Jacques Ruffie (20). Pero estas aportaciones, todas ellas enmarcables en un reduccionismo biológico más o menos acentuado, no pasaban, generalmente, de levantar una cierta polémica, para después ir

son seleccionados o preferidos a otros por una tendencia innata; es decir, por condicionamiento genético-cultural.

Para profundizar en estos aspectos, véase: J. R. LACADENA, «Determinismo biológico y condición humana», en *Genética y condición humana*, Ed. Alhambra, Colección Exedra, núm. 143, 1983, págs. 169 y sigs.

(16) MICHAEL RUSE, *Sociobiología*, Ediciones Cátedra, S. A., Colección Teorema, 1983.

(17) Esta polémica se encuentra recogida en: P. HOPKINS, «Le meurtre des nourissons», en *La Recherche*, núm. 96, enero de 1979, págs. 79-81.

(18) Entre ellos se encuentran ERNST MAYR y JOHN MAYNARD SMITH.

(19) JACQUES MONOD, *El azar y la necesidad*, Barral, Barcelona, 1971.

(20) JACQUES RUFFIE, *De la biología a la cultura*, Muchnik Editores, Barcelona, 1982.

languideciendo paulatinamente, lo que no es el caso de la sociobiología wilsoniana.

Y ello porque, como dice Pierre Thuillier (21), «el profesor Wilson postula, al menos en el plano teórico, una toma de poder explícita, completa y sistemática. Los sociobiólogos son los (nuevos moralistas)». Es únicamente el conocimiento de nuestra naturaleza biológica la que nos permitirá tomar las mejores decisiones entre los distintos criterios de progreso» (22).

Según Wilson, las religiones, incluido el marxismo entre ellas, deben reducirse a la biología, al igual que todas las doctrinas morales y políticas, las humanidades y las ciencias sociales, ya que si quieren persistir como disciplinas científicas deberán fundamentarse en la sociobiología. De esta forma el dominio sociocultural de los nuevos teóricos será total. Como ha señalado Robert Trivers, «Más pronto o más tarde, las ciencias políticas, el derecho, la economía, la psiquiatría y la antropología serán, sin excepción, ramas de la sociobiología» (23).

El razonamiento sociobiológico.

Los sociobiólogos van a realizar un razonamiento teórico, necesario para asegurar el entramado de su doctrina, en cuatro fases (24):

(21) PIERRE THUILLIER, «¿Tomarán el poder los biólogos?», en *Mundo Científico*, núm. 7, vol. 1, pág. 718.

En esta primera parte de nuestro trabajo seguimos en cierta medida el razonamiento de THUILLIER.

(22) Textualmente dice WILSON: «Aunque el progreso humano pueda alcanzarse por la intuición y la fuerza de voluntad, solamente el conocimiento empírico de nuestra naturaleza biológica, ganado a fuerza de trabajo, nos permitirá elegir las mejores opciones entre los diferentes criterios de progreso». Cfr. E. O. WILSON, *Sobre la naturaleza humana*, página 22.

(23) Citado por PIERRE THUILLIER, *¿Tomarán el poder...?*, pág. 718.

(24) Para una mayor profundización de las fases del razonamiento sociobiológico: Grupo de estudios sociobiológicos, «Sociobiología: una

1. En primer lugar, necesitan sentar las bases de una historia evolutiva de los hechos sociales, para lo cual deben demostrar que la naturaleza humana y la organización de la sociedad son sólo ejemplos concretos y particulares de categorías de comportamiento y organización social más generales que se presentan en el reino animal.

2. Una vez sentado el punto anterior, hace falta demostrar que los distintos aspectos del comportamiento social humano están total o parcialmente determinados genéticamente. Esto es debido a que si por el punto primero se establece que hay una evolución histórica del comportamiento social, es necesario que exista un sustrato génico para que actúe la selección natural.

En virtud de este apartado, los sociobiólogos se ven forzados a rechazar unilateralmente cualquier otra hipótesis alternativa que pudiera explicar el comportamiento social del hombre. Y ello afecta desde Skinner y su determinismo psicológico hasta cualquier tipo de libertad psicosocial humana que implique un desarrollo autónomo de la historia, de acuerdo con su propia dinámica.

Una vez sentadas la premisas anteriores, se afirma la base hereditaria de la xenofobia, el conformismo, la religión, la territorialidad y la propiedad privada, la mala voluntad, la competencia económica, etc.

3. La tercera fase consiste en considerar que cualquier elemento que observemos en la naturaleza humana confiere en sí mismo una cierta adaptación, traducida en un aumento de la eficacia reproductiva. Y, por ello, hace falta argumentar cuáles son las razones que llevan a los portadores de los atributos citados anteriormente (xenofobia, religiosidad, etc.) a tener un mayor número de descendientes.

4. Por último, los sociobiólogos tienen que explicar, dentro de su esquema «racional», en porqué las sociedades humanas

nueva forma de determinismo biológico», en *The Ann Arbor Science for the People*, «La biología como arma social», Ed. Alhambra, Madrid, 1982, págs. 252-255.

difieren tanto en lo cultural y por qué dentro de algunos grupos humanos se han producido cambios muy rápidos.

Este razonamiento sociobiológico parte, en la mayor parte de los casos, de hipótesis inventadas *ad hoc* y llega a conclusiones normalmente no verificables, además de utilizar fragmentariamente los datos de la genética y la etología, cuando no de la historia, la sociología o la etnografía. Todo ello para dar una cierta verosimilitud a las premisas a partir de las cuales llegan a obtener conclusiones descabelladas.

Lo que no es óbice para que al aplicar este cuadro metodológico surjan dos ideas fundamentales a las que se circunscribe la sociobiología.

En primer lugar, la omnipotencia de la selección natural. Idea que no presenta ninguna novedad, ya que para numerosos investigadores esta omnipotencia se considera un dogma fundamental desde hace más de cien años. Pero los sociobiólogos plantean una diferencia fundamental de inusitadas consecuencias que les separa del darwinismo clásico o del neodarwinismo de este siglo. La diferencia estriba en la importancia que se da a los individuos, ya que hasta la sociobiología se hablaba de individuos portadores de determinados genes pero, según Wilson, los individuos carecen de importancia, ya que sólo sirven para asegurar la reproducción y supervivencia de los genes. Estos son los auténticos actores de la evolución y, por ello, ésta debe explicarse en función de aquéllos y más concretamente en función de su estrategia reproductora.

La segunda tesis fundamental de la sociobiología estriba en que todos los comportamientos son adaptativos y tienen una base genética. Según Wilson, las conductas y las propias estructuras sociales son los «órganos de los genes» y sólo existen o sobreviven en la medida que aseguran una mejor propagación de etos últimos.

Este es el dogma central de la sociobiología y en este punto concreto desborda al neodarwinismo y plantea la nueva síntesis, no como la síntesis moderna de la teoría sintética de la evolución entre diferentes aspectos de la biología, como paleontolo-

gía, filogenia o anatomía comparada y teoría de la evolución, sino entre ciencias naturales y sociales, de tal forma que la sociobiología integre y supere a la sociología clásica y ello porque la única explicación coherente y real de cualquier fenómeno social se va a encontrar en los genes y sólo en ellos.

"Ahora bien, los dos principios fundamentales de la sociobiología se pueden criticar con relativa facilidad.

La primera idea que hemos expuesto se encuentra con la dificultad insuperable de que, según prácticamente todos los teóricos de la evolución, la selección natural no opera sobre genes aislados, sino sobre individuos, y más concretamente sobre los fenotipos resultantes de la interacción de los genes con el medio ambiente (expresión de los genes en un medio ambiente determinado). De ahí, por tanto, la arbitrariedad que supone el intentar explicar la evolución por la estrategia concreta de determinados genes. Ernst Mayr ha negado tajantemente el valor selectivo de cada gen al afirmar que «la criba de la selección se efectúa a partir del individuo en su conjunto y no de determinados genes» (25).

En segundo lugar, en cuanto al condicionamiento genético de los comportamientos sociales, es una proposición discutible y discutida. Posiblemente, en un sentido muy amplio, todo comportamiento humano puede presentar una cierta dependencia genética, pero, como dice Grassé, «Ninguna observación de orden genético, ninguna experiencia, ninguna medida, ningún hecho apoya la idea de que los genes regulan nuestra afectividad y nuestro pensamiento. Si la tesis del determinismo genético inmediato de la afectividad y del pensamiento humano fuera exacta, el hombre debería tener ideas innatas y exteriorizar sentimientos innatos. Sin embargo, el desarrollo mental del niño, observado desde el nacimiento hasta la pubertad, no muestra la aparición de ninguna idea innata, de ningún sentimiento innato. Esta constatación prueba, en todos los casos, que el hombre ha

(25) ERNST MAYR, *Population, espèces et évolution*, Herman, 1974, pág. 173. Citado por P. THULLIER, *op. cit.*, pág. 719.

perdido todas las conductas innatas y organizadas (complejos instintivos) de los animales. De esto estamos seguros» (26).

Pero Wilson necesita demostrar este punto crucial de su razonamiento y, para ello, va aislando comportamientos particulares, tratando de explicarlos genéticamente con argumentos más próximos a la ciencia-ficción que al rigor metodológico que presupone el método científico

Así, por ejemplo, con respecto a la agresión, el profesor Wilson se pregunta: «¿Son los seres humanos agresivos?». Contestando a continuación: «La respuesta es afirmativa. A través de la historia de la guerra, representando solamente la técnica más organizada de agresión, ha sido endémica para todas las formas de sociedad, desde las bandas de cazadores-recolectores hasta los Estados industriales» (27), para añadir más adelante «... los seres humanos tienen una señalada predisposición hereditaria a la conducta agresiva» (28).

Una idea parecida es la que sustenta sobre la guerra: «La práctica de la guerra es un ejemplo directo de una predisposición biológica hipertrofiada» (29).

Con respecto a la xenofobia, su explicación parece no dejar muchas dudas: «Los seres humanos están fuertemente predispuestos a responder con odio irrazonable a las amenazas exteriores y a incrementar su hostilidad lo suficiente como para dominar la fuente de la amenaza con un margen respetablemente amplio de seguridad. Nuestros cerebros parecen estar programados hasta este grado: estamos inclinados a dividir a las otras gentes en amigos y enemigos... Tendemos a sentir un profundo temor por las acciones de los extranjeros y a resolver los conflictos mediante la agresión. Estas reglas de aprendizaje muy

(26) PIERRE-PAUL GRASSÉ, *L'homme en acusatión. De la biologie à la politique*, Ed. Albin Michel. Citado por Révérend Père Bruckberger, «La biologie et le destin de l'homme», en *Permanences*, núm. 214, noviembre 1984, pág. 22.

(27) E. O. WILSON, *Sobre la naturaleza humana*, op. cit., pág. 144.

(28) E. O. WILSON, *Sobre la naturaleza humana*, op. cit., pág. 145.

(29) E. O. WILSON, *Sobre la naturaleza humana*, op. cit., pág. 167.

posiblemente se hayan desarrollado durante los pasados centenares de millares de años de la evolución humana, y, de este modo, han conferido una ventaja biológica a aquellos que las han seguido con mayor fidelidad» (30).

Y con argumentos similares a los anteriores se van analizando y explicando el tabú del incesto, el anhelo religioso, la división del trabajo, la tendencia al conservadurismo, la propiedad privada, los derechos humanos, el altruísmo, la homosexualidad, etc. (31).

Es especialmente curioso y demostrativo de hasta dónde pueden llegar las «explicaciones» sociobiológicas la referencia a la homosexualidad. Pensar en la base genética de la homosexualidad, o para ser más exactos de la predisposición a la homosexualidad, es al menos especulativo si tenemos en cuenta que los homosexuales no tienen descendencia y, por lo tanto, parece difícil que los genes responsables de esta predisposición puedan difundirse en la población.

La explicación sociobiológica es ingeniosa pero difícilmente comprobable, y consistiría en que los parientes de los homosexuales pueden tener, gracias a éstos, más descendientes. Como dice Wilson: «Los miembros homosexuales de las sociedades primitivas pudieron haber ayudado a miembros del mismo sexo, ya sea al cazar y recolectar o en ocupaciones más domésticas de los deberes paternos, estarían en posición de operar con especial eficiencia para ayudar a sus parientes cercanos. ... Si los parientes —hermanos, hermanas, sobrinas, sobrinos y otros— se beneficiaban por tasas más elevadas de supervivencia y reproducción, los genes que estos individuos compartían con los especialistas homosexuales habrían aumentado a expensas de los genes alternativos. Inevitablemente, algunos de estos genes habrían sido aquellos que predisponían a los individuos hacia la homo-

(30) E. O. WILSON, *Sobre la naturaleza humana, op. cit.*, págs. 171-172.

(31) Algunos de estos comportamientos serán analizados en otros apartados del presente trabajo, especialmente los que se refieren a la sociobiología de la ética y la religión.

sexualidad. Una minoría de la población tendría, consecuentemente, el potencial para desarrollar preferencias homofílicas, por lo que sería posible que los genes homosexuales continúen difundiendo a través de líneas de descendencia colateral, aun si los mismos homosexuales no tienen hijos» (32).

Pero a pesar de las dificultades, los sociobiólogos van adentrándose en todas las disciplinas características de las ciencias sociales, ya que consideran que los especialistas en estas materias cometen el error de no dar la importancia necesaria a las bases biológicas de la naturaleza humana, cuando se trata de explicar los fenómenos sociales o la propia sociedad. Ello representa una extrapolación, cuando menos temeraria, porque si bien los sociobiólogos pueden explicar y arrojar alguna luz sobre determinados comportamientos, como la esquizofrenia, ello no es razón para que la psicología, la sociología o la historia pierdan su legítima autonomía.

Pero para Wilson la sociobiología no tiene límites, y a partir de ella, y por ella, se deben de revisar los métodos y alcances de las ciencias sociales. Por ejemplo, la historia ha de ser revisada, porque sus órdenes de magnitud son muy imprecisos (33). Con respecto a la sociología, al adoptar Wilson la tesis atomista de los fenómenos sociales, éstos son considerados como productos estadísticos de las diferentes respuestas en el comportamiento (34). A partir de ello, el razonamiento es inmediato: La sociedad es un conjunto aditivo de comportamientos; los comportamientos dependen de algunos genes; por tanto, los sociobiólogos, como especialistas en esos genes, son los únicos capaces de explicar racionalmente y científicamente cualquier tipo de comportamiento al igual que cualquier problema social.

(32) E. O. WILSON, *Sobre la naturaleza humana*, op. cit., págs. 206-207.

(33) E. O. WILSON, *Sobre la naturaleza humana*, op. cit., pág. 287.

(34) En este punto se opone a la sociología durkheimniana, ya que para DURKHEIM un fenómeno social no puede explicarse como la simple adición de conductas individuales.

Críticas a la sociobiología.

Por todo lo anteriormente expuesto, se comprende fácilmente que, desde la publicación de los trabajos de Wilson y otros sociobiólogos, las críticas se hayan formulado inmediatamente. Incluso se han formado, en Inglaterra y Estados Unidos, grupos dedicados al estudio de la sociobiología y de sus implicaciones científicas y socioculturales.

Cronológicamente, las primeras críticas surgieron de un grupo de científicos radicales de Boston que se autodenominaron «The Science for the People Sociobiology Study Group» (35). Críticas especialmente virulentas, ya que no sólo se pusieron en tela de juicio las ideas y postulados de la sociobiología, sino que se acusó al propio Wilson de estar aliado con los políticos más reaccionarios y de defender posturas racistas y nazis. Además, la crítica fue pública en forma de carta al editor del New York Review of Books que había recogido una reseña favorable a la sociobiología wilsoniana por parte de C. H. Waddington (36).

Estas críticas iniciales del Grupo de Estudios Sociobiológicos se refieren a la obra de Wilson, «Sociobiología: la nueva síntesis» y desde la perspectiva radical de sus autores. Partiendo del modelo de naturaleza humana propuesto en esa obra, que luego confirmaría en «Sobre la naturaleza humana», van anali-

(35) Ciencia para el Pueblo, también conocida como Acción Política de Científicos e Ingenieros (SESPA), es una organización de ámbito nacional formada por científicos, ingenieros y técnicos, cuyo objeto es el cambio social progresivo.

En el momento de la crítica a la obra de WILSON, el Grupo de Estudios Sociobiológicos estaba formado por 45 personas, entre ellas algunos científicos como: S. CHOROVER, S. GOULD, R. LEVINS, R. LEWONTIN, etcétera. La relación completa de sus miembros se encuentra en: Ann Arbor Science for the People, *La biología como...*, op. cit., pág. 282.

(36) La controversia sociobiológica se encuentra resumida en: N. WADE, *Sociobiology: troubled birth for new discipline*, Science, núm. 191 1976, págs. 1.151-1.155, y R. CURRIER, *Those beastly human genes*, Human Behavior, 1976, págs. 16-22.

zando aquellas proposiciones que estiman no demostrables científicamente. Entre ellas: la capacidad de adoctrinamiento, la mala voluntad y el chauvinismo familiar, el núcleo familiar con dominio y superioridad masculina, el altruismo recíproco (en contraposición con la verdadera generosidad), la fe ciega, el genocidio, la guerra y la xenofobia (37).

A partir de esta crítica, consideran a Wilson como responsable de dar la coartada biológica que justifica el conservadurismo, el machismo e incluso el racismo.

Wilson ha rechazado siempre su asignación a cualquiera de las categorías antes mencionadas, para lo cual se sirve del doble lenguaje que él y otros sociobiólogos suelen presentar. Y ello, como nos dice Pierre Thuillier, da lugar a dos versiones de la sociobiología: «La versión suave propone lo que podríamos denominar un biologismo atenuado: una gran parte de la influencia se otorga al medio ambiente (en oposición a los genes) y la historia de las sociedades humanas se considera como «cultural» más bien que como natural. Si no tuviéramos en cuenta más que estos textos, Wilson no pasaría por un empedernido partidario del determinismo biológico. Su biología del gen serviría únicamente de contrapeso a las ilusiones de aquellos que ignoran la omnipotencia de la educación y la cultura.

Pero, corrientemente, Wilson se expresa mucho más duramente. Por ejemplo, declara que «los genes omiten la cultura»; e insiste abiertamente en la importancia de las «limitaciones genéticas», del «imperativo genético», del «determinismo genético», etc. Bien o mal, esta retórica no puede llevar al lector más que a atribuir una enorme influencia a las «reglas genéticas de la naturaleza humana». Las imágenes mecanicistas son frecuentes y totalmente explícitas: se trata de comprender a la máquina humana y determinar las trayectorias evolutivas. En pocas palabras, el hombre se encuentra sometido en todas sus actividades a la dura ley de los genes.

(37) El análisis de cada uno de esos apartados se encuentra en: Grupo de Estudios Sociobiológicos, *Sociobiología: una nueva forma...*, op. cit., páginas 256 y sigs.

«Esta oscilación entre una sociobiología dura y una sociobiología flexible es muy cómoda. Permite a Wilson difundir una filosofía social dominada por los conceptos de «limitación genética» y de selección natural. Al mismo tiempo aparecen algunos textos moderados, para hacer ver que, a fin de cuentas, él no es un obseso del reduccionismo y del determinismo. Esta ambigüedad no facilita evidentemente las discusiones. Pero es difícil que pueda ser esclarecida. Todo sucede como si Wilson estuviera atrapado entre dos exigencias contradictorias» (38).

A pesar de esta ambivalencia, ya han surgido en Estados Unidos los bioeconomistas que, a remolque de la sociobiología, demuestran que el capitalismo es muy superior al socialismo. Y, como cabría esperar, la tentación biológica llega a la política bajo la forma de biopolítica que, aplicada por un gobierno biocrático, ordene la sociedad en función de los dictámenes biológicos, elaborados posiblemente por los sociobiólogos.

Una crítica más razonada y objetiva y mucho más científica es la que recoge J. L. Ruiz de la Peña (39) en seis grandes apartados:

- a) Confusión entre presupuestos y causas.
- b) Mitificación de los genes.
- c) Magnificación de los comportamientos innatos sobre los adquiridos.
- d) Abuso del argumento de analogía.
- e) Desprecio sistemático de la dimensión simbólica del hombre.
- f) Explicación errónea de la ética.

Ante la imposibilidad de analizar cada uno de estos apartados, al igual que otros en los que la sociobiología puede y debe ser revisada, vamos a referirnos a la sociobiología de la ética y a la sociobiología de la religión.

(38) PIERRE THULLIER, *op. cit.*, pág. 720.

(39) J. L. RUIZ DE LA PEÑA, «La antropología y la tentación biológica», en *Revista Católica Internacional Communio*, núm. 6, Ed. Encuentro, noviembre/diciembre, 1984, págs. 512 y sigs.

Sociobiología de la ética.

E. O. Wilson representa en este aspecto el último tramo del camino que comenzó Jacques Monod (40) y continuó Edgard Morin (41) a la hora de postular la naturaleza biológica de la ética. Para ello parte de una idea del hombre que no admite ninguna duda: «Si el cerebro es una máquina de 10 mil millones de células nerviosas y la mente puede explicarse como la actividad conjunta de un número finito de reacciones químicas y eléctricas, estos linderos limitan el prospecto humano, somos biológicos y nuestras almas no pueden volar libremente. Si la humanidad evolucionó de acuerdo con la selección natural darwiniana, las especies fueron creadas por el azar genético y las necesidades ambientales, no por Dios» (42).

Partiendo de esta proposición fundamental, y al analizar, siguiendo como marco la ecuación hombre = animal, en profundidad la naturaleza humana, surgen varios dilemas. El primero de ellos es consecuencia «del aparentemente fatal deterioro de los mitos de la religión tradicional y sus equivalentes seculares, entre los cuales los principales son las ideologías basadas en una interpretación marxista de la historia. El precio de estos fracasos ha sido una pérdida del consenso moral, un gran sentido de impotencia acerca de la condición humana y un estrechamiento de la preocupación hacia el yo y el futuro inmediato» (43).

Ahora bien, hay, según Wilson, una solución intelectual a este primer dilema que consiste en analizar sin prejuicios y en profundidad la naturaleza humana, conjugando la actuación de las ciencias sociales y naturales. Extendiendo los métodos de la

(40) Un análisis del reduccionismo biologista que plantea J. MONOD se encuentra en: J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Las nuevas antropologías. Un reto a la teología*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1983, págs. 76-89.

(41) EDGAR MORIN, *El paradigma perdido. Ensayo de bioantropología*, Ed. Kairos, Barcelona, 1974.

(42) E. O. WILSON, *Sobre la naturaleza humana*, op. cit., pág. 13.

(43) *Ibid.*, pág. 271.

etología, la neurobiología y la sociobiología se dará una base para la activación de las ciencias sociales.

A partir del primer dilema surge invariablemente el segundo. ¿Cuáles son las opciones que debemos elegir conscientemente entre nuestras propensiones mentales innatas? Para resolver este dilema hay que tener en cuenta varios hechos. Por ejemplo, que al analizar los sistemas sociales presentes en muchas especies animales (Wilson habla de centenares de casos) y al comprobar cómo han evolucionado, observamos que las opciones humanas no son más que un subconjunto diminuto del conjunto formado por todas las teóricamente posibles. Por otra parte, la naturaleza humana es el conjunto de adaptaciones genéticas a un medio en gran medida desaparecido, el de los cazadores-recolectores de los períodos glaciares. Por ello, nuestra vida moderna, que nos parece cambiar a un ritmo trepidante, no es más que una hipertrofia cultural de arcaicas adaptaciones de conducta.

A la hora de elegir nos podemos encontrar con un círculo vicioso: «Estamos obligados a elegir entre los elementos de la naturaleza humana con referencia a sistemas de valores que esos mismos elementos crearon en una época evolutiva que ha desaparecido hace mucho tiempo» (44). Afortunadamente ese círculo no es insuperable y a ello se debe dedicar primordialmente la biología humana, para lo cual «debe identificar y medir las limitaciones que influyen en las decisiones de los filósofos éticos y de todos los demás, para inferir su importancia mediante reconstrucciones mentales neurofisiológicas y filogenéticas» (45). De esta forma, alterando los cimientos de las ciencias sociales, surgirá «una biología de la ética que hará posible la selección en un conjunto de valores culturales más profundamente comprendido y duradero» (46).

Para fundamentar esta naturaleza estrictamente biológica de la ética, Wilson propone tres hechos (47):

(44) *Ibid.*, pág. 272.

(45) *Ibid.*, pág. 272.

(46) *Ibid.*, pág. 273.

(47) Para un estudio más profundo de la biología de la ética es

En primer lugar, el tabú del incesto, impuesto prácticamente en todas las civilizaciones exclusivamente por el puro instinto genético ya que si el cruzamiento entre consanguíneos resta capacidad genética aumentando la posibilidad de anomalías génicas y cromosómicas, estos hechos sólo son conocidos y científicamente explicados desde hace pocas décadas.

En segundo lugar, está la explicación del altruismo, uno de los puntos básicos de la sociobiología. El altruismo no puede ser explicado como una cualidad que trasciende la naturaleza biológica del hombre, sino que desde el punto de vista sociobiológico no es más que una refinada forma de egocentrismo, ya que si el sacrificio individual salva de la muerte a los parientes próximos (hermanos, primos, etc.) que comparten parte de su dotación genética, el sacrificio es genéticamente productivo, el altruismo se convierte en egoísmo.

Este argumento que Wilson «demuestra» en los insectos y otros animales, aunque reconoce que es difícil de extrapolar al hombre, le lleva a afirmar que cuando un ser humano defiende su territorio o su familia y pierde la vida, no desarrolla un acto altruista libre y meritorio, sino muestra su egoísmo ya que lo que defiende es la posibilidad de que sus genes tengan condiciones óptimas de expansión.

Dentro de este contexto, es significativa la explicación que Wilson da sobre el comportamiento de la madre Teresa de Calcuta: «La madre Teresa de Calcuta es una persona extraordinaria, pero no debe olvidarse que ella está segura en el servicio de Cristo y el conocimiento de la inmortalidad de su Iglesia... La santidad no es tanto la hipertrofia del altruismo humano cuanto su osificación» (48).

imprescindible: J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Las nuevas antropologías...*, op. cit., págs. 71-130.

(48) E. O. WILSON, *Sobre la naturaleza humana*, op. cit., pág. 234. El párrafo exacto de WILSON, a través del cual podemos conocer la «estima» que siente por la religión católica, dice: «La madre Teresa es una persona extraordinaria, pero no debe olvidarse que ella está segura en el servicio de Cristo y el conocimiento de la inmortalidad de su Iglesia. Lenin, quien predicaba un pacto no menos utópico, si bien opuesto, ca-

Por último, en cuanto a los derechos humanos, expone Wilson que su común aceptación es debida a que somos mamíferos. El individuo, una vez alcanzado el éxito reproductivo de sus genes, ha de llegar a algunos compromisos para evitar los conflictos entre los grupos y las clases, para lo cual qué mejor que consensuar unas normas más o menos igualitarias y equilibradas que eviten dichos conflictos.

Esta biología de la ética debería considerar como valores primarios: nobleza, diversidad en el conjunto genético y los derechos humanos universales. También deberá tener en cuenta los valores secundarios que se definen en función de nuestras más intensas emociones: «el entusiasmo y una agudización de los sentidos surgen de la exploración; la exaltación, del descubrimiento; el triunfo, en la batalla y en los deportes competitivos; la satisfacción inquieta, del acto altruista situado adecuada y verdaderamente; el orgullo étnico y nacional, la fuerza de las ligas familiares, y el placer biofílico de la cercanía de los animales y las plantas» (49).

La humanidad, por último, se enfrenta con el tercer dilema, el espiritual. Los adelantos de la genética humana y las otras ramas de la ciencia permitirán conocer en profundidad las bases genéticas de la conducta social y se podrán utilizar técnicas para cambiar los genes, mediante la ingeniería molecular y el clonig. Igualmente se podrán usar las técnicas eugenésicas convencionales. La especie humana podrá cambiar su propia naturaleza «¿Qué elegirá? ¿Permanecerá igual, temblando sobre una cimentación mal construida de adaptaciones parcialmente obsoletas de la edad glacial? ¿O avanzará en pos de una inteligencia y creatividad superiores, acompañadas por una mayor —o menor— capacidad para las respuestas emocionales? Podrían instalarse nuevos patrones de socialización en pequeñas dosis. Podría ser posible imitar genéticamente a la casi perfecta familia nuclear del gibón

lificaba al cristianismo de inenarrablemente vil y lo llamaba un contagio de la clase más abominable; cumplimiento que ha sido regresado por los teólogos cristianos».

(49) *Ibid.*, pág. 277.

de manos blancas o a las armoniosas hermandades femeninas de las abejas» (50).

Esta biología de la ética propuesta por E. O. Wilson es uno de los aspectos de la sociobiología más abiertamente puestos en tela de juicio. Y no solamente por teóricos de la evolución, como Dobzhansky o Ayala, sino por filósofos de la biología, como Gehlen y Ruse, etólogos como Thorpe y biólogos como Ruffie, además, como parece lógico, por filósofos éticos y moralistas.

Francisco J. Ayala es uno de los que con más acierto se ha opuesto a los planteamientos wilsonianos, y no sólo porque la ética es un atributo humano universal que está ausente en las demás especies animales, sino porque las normas éticas y los preceptos morales que rigen a los seres humanos no son dictadas ciegamente por nuestra naturaleza biológica.

Por otra parte, ha demostrado que una moral basada en la biología concluye con presupuestos éticos contrarios a los valores éticos sustentados por la mayoría de los hombres, y centrándose en la sociobiología, a la que considera con una base empírica precaria, su explicación de la conducta altruista y de las normas éticas generales, le parece poco fundamentada, ya que la biología, en general, poco puede indicar a la hora de justificar un código moral concreto.

Por último, ha percibido los excesos que se pueden cometer cuando se afirma, como hace Wilson, que la única misión demostrable de la moralidad es mantener intacto el material genético humano, ya que si el papel de las normas morales es servir para preservar los genes humanos, no sólo volveríamos al darwinismo social, sino que a partir de él se podría justificar el genocidio y el racismo como mecanismos lícitos para conservar los mejores genes y para eliminar los genes deletéreos y letales (51).

(50) *Ibid.*, págs. 288-289.

(51) F. J. AYALA, *Origen y evolución del hombre*, Alianza Editorial, Alianza Universidad, núm. 278, Madrid, 1980. Concretamente el capítulo VII, *La ética y la religión*, págs. 169-190.

Sociobiología de la religión.

Los trabajos de los sociobiólogos en el análisis y estudio de la fenomenología de la religión siguen inicialmente las hipótesis clásicas de Max Weber, y, por tanto, «que las religiones más elementales buscan lo sobrenatural por razones mundanas, como vida larga y próspera, abundancia de alimentos y territorio, conquista de los enemigos, etc.» (52).

Según Wilson, «las creencias religiosas tradicionales han sido socavadas, no tanto por las humillantes demostraciones de la falsedad de sus mitologías, sino por la creciente conciencia de que las creencias son, en realidad, mecanismos que capacitan para la supervivencia. Las religiones, al igual que otras instituciones, surgen para aumentar la persistencia e influencia de sus practicantes» (53).

Como ha expresado Archer, «Wilson constata, a lo largo de sus análisis, que incluso las formas más elaboradas de religión se desarrollan, a lo largo de los tiempos, según las leyes del darwinismo cultural. Prosperan aquellas religiones que confieren ventaja biológica a los individuos y tribus, mientras que las otras se extinguen. Y, describe en detalle esas ventajas biológicas, que van desde inferir identidad y fuerza de sacralización hasta la integración social del individuo y su sentido de la existencia».

Concluye afirmando que «la mente humana está genéticamente programada para participar en una variedad de procesos de sacralización que, combinados, dan lugar a las religiones institucionalizadas» (54).

Y, ello, porque «la religión es una de las características principales de conducta innegablemente exclusivas de la especie humana» (55), con lo cual «la explicación sociobiológica de la fe

(52) LUIS J. ARCHER, *La amenaza de la biología*, Ediciones Pirámide, S. A., Madrid, 1983, pág. 145.

(53) E. O. WILSON, *Sobre la naturaleza humana*, op. cit., pág. 16.

(54) LUIS J. ARCHER, *La amenaza...*, op. cit., pág. 145.

(55) E. O. WILSON, *Sobre la naturaleza humana*, op. cit., pág. 247.

en Dios lleva a la parte crucial del papel de la mitología en la vida moderna: es obvio que los seres humanos todavía están gobernados por los mitos en una gran medida» (56).

De todo ello deduce Wilson la importancia del materialismo científico que «ofrece a la mente humana una mitología alternativa que, hasta ahora, siempre ha logrado derrotar a la religión tradicional punto por punto en todas las zonas de conflicto» (57). Materialismo científico que, superado el marxismo, se circunscribe en nuestros días a la epopeya evolucionista, la cual no deja de ser una mitología más, porque aunque sus postulados son universalmente admitidos, nunca pueden ser definitivamente comprobados.

Pese a ello, los científicos, al intentar explicar la naturaleza, niegan obstinadamente toda intervención ajena a ella y más concretamente cualquier intervención de la divinidad. Más aún, gracias a la sociobiología se ha llegado a la etapa crucial del desarrollo de la biología, ya que la misma religión está sujeta a la explicación de las ciencias naturales, porque «puede explicar los mismos orígenes de la mitología por el principio de la selección natural en acción sobre la estructura material del cerebro humano que evoluciona genéticamente» (58).

Pero Wilson no se contenta con esto; él da por demostrado el triunfo del naturalismo científico al explicar racionalmente la religión tradicional como un fenómeno exclusivamente material, con lo cual, además, pretende impedir que la teología pueda sobrevivir como disciplina independiente de las ciencias sociales y naturales y, por lo tanto, de la propia sociobiología.

Ahora bien, la religión, pese a todo, sí puede perdurar como una fuerza vital de la sociedad, ya que no basta con explicarla para eliminarla. Y en este punto radica la superación del materialismo científico y del marxismo clásico por parte de la nueva síntesis sociobiológica. «La debilidad espiritual del materialismo científico de que no tiene una fuente de poder primario de este

(56) *Ibid.*, pág. 266.

(57) *Ibid.*, pág. 268.

(58) *Ibid.*, pág. 269.

tipo. En tanto que explica las fuentes biológicas de la fuerza emocional religiosa en su forma actual, es incapaz de acudir a ella porque la epopeya evolucionista niega inmortalidad al individuo y privilegios divinos a la sociedad y sugiere solamente un significado existencial para la especie humana. Los humanistas nunca disfrutarán los ardientes placeres de la conversión espiritual y el autorrendimiento; los científicos, honestamente, no pueden servir como sacerdotes» (59).

Esa enorme fuerza vital del anhelo religioso queda, por tanto, libre y puede ser utilizada para otros fines. Por eso Wilson se plantea: «¿existe un modo de desviar el poder de la religión para ponerlo al servicio de la nueva gran empresa que pone al desnudo las fuentes de ese poder?» (60).

Y Wilson intenta dar una respuesta. La solución, cómo no, está en la sociobiología. Una vez que se disuelva en ella todo espejismo de lo trascendente, el hombre tendrá que escoger definitivamente entre sus determinaciones mentales innatas. Tendrá que aislar y corregir sus genes «malos y engañosos», renunciar a la seguridad en la eternidad y a los consuelos de lo sobrenatural y acomodarse a su existencia finita y material. Todo ello, claro está, bajo las paternas directrices de los nuevos «mesías», los sociobiólogos.

Aunque creemos que pueden surgir otras interpretaciones de esta aparente realidad, otros «mesías» que quieran aportar sus peculiares interpretaciones del fenómeno. Es difícil que los teóricos del marxismo, por ejemplo, se queden cruzados de brazos. Una vez integrado el mensaje sociobiológico y recuperados del estupor inicial, y habiendo arrinconado hace décadas el tópico «religión como opio del pueblo», intentarán instrumentalizar esa fuerza vital religiosa para sus propios fines (61).

La sociobiología de la religión plantea, una vez más, la delimitación clara de las competencias entre el mundo científico y

(59) *Ibid.*, págs. 269-270.

(60) *Ibid.*, pág. 270.

(61) No es en cierta medida la teología de la liberación un ejemplo de este cambio de actitud.

el ámbito de lo espiritual, de las relaciones entre la ciencia y la fe. Desgraciadamente son cada vez más los que se dejan convencer por los discursos acientíficos de preclaros prohombres de ciencia de los que E. O. Wilson es un claro representante. Y, ello es debido, al menos en cierta medida, a que antes los acelerados cambios tecnológicos y científicos que acompañan los últimos lustros del siglo xx, la humanidad rinde culto a la ciencia encarnada en sus más sobresalientes representantes, y algunos de éstos, perdidos sus legítimos límites, pontifican sobre lo divino y lo humano, sin precisar claramente lo que de sus afirmaciones está basado en las precisas normas del método científico y lo que es fruto de especulaciones pseudofilosóficas.

Algunos científicos se ven como obligados a abrir los ojos a la humanidad sobre mitos y creencias, pero cabría preguntarse, ¿quién les abre a ellos la mente? El ser distinguido con el premio Nobel en una disciplina científica, o el estar considerado un experto en física cuántica, ecuaciones diferenciales, biología molecular o comportamiento social de insectos, no es, en absoluto, garantía de serlo igualmente a la hora de abordar cuestiones que se escapan del campo experimental de la ciencia.

Más aún, en muchas ocasiones presenta el científico una cierta deformación de su sensibilidad frente a problemas concretos de la ética y la religión, quizás debido a que el ámbito de la ciencia es tan denso, tan enrarecido y competitivo que permite poco tiempo para la reflexión serena, la justa tolerancia y el sentido común, lo que conduce a un submundo elitista y selectivo que produce reflexiones muy condicionadas por sus propios apriorismos medioambientales.

Como consecuencia de esta situación, no parece recomendable dejar la teología en manos de los científicos por las mismas razones que no sería oportuno que de la ciencia se ocupasen los teólogos. Así, la sociobiología en cuanto biología es discutible, pero cuando aborda el hecho religioso se convierte en una falacia absoluta, uno de tantos castillos en el aire que sólo la peculiar idiosincrasia de nuestro siglo permite que se sostengan aún (62).

(62) Sólo en algunos científicos que anteponen la humildad de sus

Sociobiología y política: El papel de la Nueva Derecha.

La actitud de los doctrinarios de la Nueva Derecha (63) frente a la sociobiología, ahora, y al determinismo biologicista antes, merece ser considerada con detalle. La Nueva Derecha realiza a partir, entre otros, de los datos de la biología, concretamente de la etología, una crítica en profundidad al marxismo (64). Dicha crítica, realizada con anterioridad por otros autores y corrientes de pensamiento, se refiere al intento marxista de considerar que todas las desigualdades entre los hombres son debidas a condiciones económicas entre las clases, y a que la lucha de clases supondrá como síntesis la superación de las mismas en un mundo más justo (65).

No hay duda de la existencia de una desigualdad natural, física e intelectual, individual y racial. Pero tampoco hay duda que sobre la variación inicial genotípica, diferente en todos y

limitaciones a la soberbia de su saber, se vislumbra una reflexión prudente, lógica y coherente del papel de la ciencia y de su propia identidad. JÉROME LEJEUNE es ejemplo de este tipo de científicos; E. O. WILSON lo es del enfoque contrario.

(63) La Nueva Derecha es, según el mismo ALAIN DE BENOIST, un conjunto informal de grupos de estudios, asociaciones y revistas cuya actividad se sitúa exclusivamente en el terreno cultural. Entre ellos se encuentran el movimiento GRECE (Groupement de Recherche et D'Études pour la Civilisation Européenne), el Club de L'Horloge y las revistas, Nouvelle Ecole y Etudes et recherches, así como el periódico *Éléments*.

(64) Concretamente se critica el igualitarismo marxista basado en una posición ambientalista de la biología, frente a una postura que prima la variante genética por parte de la Nueva Derecha.

(65) Frente a esta concepción marxista se alza la «derecha» tal y como la entiende ALAIN DE BENOIST: «Llamo aquí derecha... a la actitud que consiste en considerar la diversidad del mundo y, por consiguiente, las desigualdades relativas que necesariamente produce, como un bien, y la homogeneización progresiva de ese mundo... como un mal. Llamo derecha a las doctrinas que consideran que las desigualdades relativas a la existencia motivan relaciones de fuerza cuyo producto es el devenir histórico, y que estiman que la historia debe continuar». Cit. ALAIN DE BENOIST, *La Nueva Derecha*, Ed. Planeta, Madrid, 1982, pág. 46.

cada uno de los hombres, actúa el ambiente que puede dar lugar a una cierta homogeneidad de los fenotipos. Luego, la desigualdad genética puede acentuarse si las condiciones ambientales, educación, salud, nivel de desarrollo, etc., son malas y aligerarse sin son óptimas.

A partir de esta situación inicial, se desarrolla el discurso neoderechista, pero no sólo circunscrito a lo somático, sino también a lo social. Y a esta diferencia de matiz añade una diferencia cuantitativa, ya que no sólo define que los hombres no son iguales, sino que no deben llegar a serlo, ya que la desigualdad social, económica o política no es disociable de la desigualdad orgánica individual (66).

El problema no consiste en afirmar la desigualdad biológica entre el hombre y la mujer, lo que no es, por otra parte, ningún descubrimiento, sino a partir de ello sacar conclusiones descabelladas; o determinar que las razas son diferentes, no porque unas sean superiores y otras inferiores, sino porque el coeficiente de inteligencia no se reparte igual entre caucasoides y negroides y está bien qua así sea.

Dentro de este contexto se tiende a asimilar a los teóricos de la Nueva Derecha francesa como la articulación política del entramado sociobiológico, aunque Alain de Benoist, el representante más conocido de la misma, haya rechazado en varias ocasiones este paralelismo. Concretamente en el prólogo de una de sus obras se muestra contrario no sólo a la sociobiología, sino a todas las doctrinas «biologistas» a base de «naturalidad» y «antihistoria» (67).

Según Alain de Benoist la Nueva Derecha define al hombre «como el único ser perpetuamente innovador, el único fabricante de una historia como sentido, el único que confiere sentido por medio del intercambio simbólico y la puesta en perspectiva his-

(66) Club de L'Horloge, *La politique du vivant*, Ed. Albin Michel, París, 1982, pág. 37. Citado por EDUARDO TEILLET ROLDÁN, «Sobre ética y biología», en *Cuaderno de Realidades Sociales*, núm. 23, enero de 1984, Instituto de Sociología Aplicada de Madrid, pág. 26.

(67) ALAIN DE BENOIST, *La Nueva Derecha*, op. cit., pág. 19.

tórica. Dicho de otro modo, en el hombre como tal hombre la cultura prima sobre la naturaleza, la historia sobre la biología» (68).

Por tanto, la crítica a la sociobiología es inmediata, debido a su «frecuente olvido de los hechos que caracterizan la dimensión específicamente humana: la diversidad de culturas y la conciencia histórica (69). Incluso el propio Alain de Benoist ha reprochado a la sociobiología el dar un apoyo indirecto a los economistas de la escuela de Milton Friedman.

No dudamos de los deseos e intenciones de Alain de Benoist y mucho menos de su declarada postura antirreduccionista, pero quizás con Alain de Benoist y la Nueva Derecha ocurra algo similar a lo que viene observándose con E. O. Wilson y la sociobiología, ya que mientras Wilson tiende a contenerse y procura, aunque no siempre lo consiga, que sus juicios no sean temerarios, otros sociobiólogos como Trivers y Alexander acaban diciendo lo que todos piensan. Alain de Benoist es cauto y prudente, pero la Nueva Derecha tiene otros paladines que no lo son tanto.

Por ejemplo, Pawels (70), cuando argumenta que la igualdad de oportunidades es una injusticia cometida contra los capaces y, por lo tanto, no hace falta rebajar las diferencias sino acentuarlas. Ello es debido, siguiendo su razonamiento a que la posición de cada uno en su clase social viene dada por su coeficiente de inteligencia que ha heredado. Esto quiere decir que, por definición, las personas que alcanzan los puestos más importantes de la sociedad lo hacen porque son las más inteligentes, ya que la inteligencia, heredada genéticamente, confiere ese puesto de control. Hay, por tanto, personas condicionadas genéticamente para ocupar puestos de responsabilidad en función de su inteligencia y estas personas no aparecen al azar en la población, sino dentro de un determinado grupo social que va

(68) *Ibid.*, pág. 19.

(69) *Ibid.*, pág. 18.

(70) Citado por EDUARDO TELLET ROLDÁN, *Sobre ética y biología*, op. cit., pág. 26.

transmitiéndose el poder, generación a generación, y es la garantía del orden social.

A partir de estos argumentos se puede considerar que doctrinas como el «apartheid» o la segregación racial pueden ser asumidas sin dificultad como legítimas y naturales, e incluso que allá donde exista algún tipo de discriminación en función del sexo, la raza, la religión, etc., no se estará plasmando más que una legítima proyección de la desigualdad biológica. Y, todo ello, cuando se discute la mayor o menor heredabilidad de la inteligencia (71).

Pese a los datos anteriores, existen diferencias entre los postulados sociobiológicos y las ideas de la Nueva Derecha, pero también hay puntos en común, entre ellos el haber bebido en la fuente del biologismo de los años 60 y propugnar, por ejemplo, la biopolítica (72), de tal manera que, en este punto, los argumentos esgrimidos contra Wilson se vuelven exactamente igual contra Alain de Benoist (73).

Conclusiones.

El desafío que plantean los sociobiólogos es triple: En primer lugar, a los científicos, sean naturalistas o científicos sociales. A los primeros porque tendrán que separar el grano de la cizaña de la retórica sociobiológica, ya que en ella, fundamental-

(71) Sobre el hipotético determinismo biológico de la inteligencia y su mayor o menor heredabilidad, véase: STEPHEN J. GOULD, *La falsa medida del hombre*, Antoni Bosch Editor, Barcelona, 1984.

(72) ALAIN DE BENOIST, *Vu de droite*, Ed. Copernic, París, 1977, pág. 144.

(73) Un apartado especialmente interesante de la Nueva Derecha es su análisis sobre el papel jugado por las grandes religiones, especialmente por el cristianismo. Al no poder abordar directamente este aspecto, remitimos a: M. S. C., «El movimiento GRECE: Apuntes para la historia de los heterodoxos», en *Verbo*, núm. 165-166, mayo-junio, 1978, págs. 529-549, y M. S. C., «Del movimiento GRECE a la "Nouvelle Droite" francesa», en *Verbo*, núm. 181-182, enero-febrero, 1980, págs. 193-196.

mente en la sociobiología animal, coexisten postulados correctos junto a ideas imprecisas que han llevado a muchos neodarwinistas a rechazarla casi en su totalidad. Los expertos en ciencias sociales, psicólogos, sociólogos, etc., junto a filósofos y humanistas reaccionarán, sin duda, ante la pretendida absorción de su campo de trabajo, metodología y objetivos por parte de la sociobiología.

En segundo término la clase política debe evitar la tentación de la biopolítica que propugnan, por ejemplo, los teóricos de la Nueva Derecha y evitar así las consecuencias sobre la sociedad que esta forma de entender la política conllevaría. No olvidemos que se va a legislar sobre ingeniería genética o sobre las nuevas técnicas de reproducción humana, y el legislador puede verse desbordado por los continuos avances biotecnológicos, poniendo cada vez más las decisiones, que nos afectan a todos, en manos de visionarios científicos proclives a la creación de superhombres o de «mundos felices» como el descrito por Aldous Huxley (74).

Por último, la sociobiología deberá ser analizada por teólogos y moralistas, fundamentalmente en lo que concierne a la sociobiología de la ética y la religión y al determinismo biológico humano. Y habrá que evitar caer en la suposición de que son tales los excesos y la falta de pruebas verificables de la sociobiología que no hace falta ocuparse de ella y separar lo que pueda ser cierto de las suposiciones extracientíficas y parafilosóficas. Si se actuase así, se cometería, una vez más, un peligroso error.

Algo similar ocurrió con el evolucionismo darwiniano, cuando algunos divulgadores de la obra de Darwin pretendieron que la evolución demostraba, sin ninguna duda, la ilusión religiosa y la negación de Dios. Como es lógico, Dios sigue existiendo digan lo que digan algunos evolucionistas recalcitrantes, pero para muchas personas, hombres de ciencia incluidos, de fe poco arraigada, esta extrapolación acientífica del darwinismo supuso su paso al agnosticismo o al ateísmo militante. Y, en cierta me-

(74) Véase nuestro trabajo: ENCARNACIÓN LÁZARO MARÍ y VICENTE FERNÁNDEZ BURGUEÑO, «El futuro biológico del hombre», en *Verbo* número 233-234, marzo-abril, 1985, págs. 449-468.

didada, es lo que reflejan muchos libros de texto y manuales de divulgación científica. Había, por tanto, que haber centrado la evolución en sus justos límites científicos y dejar que los expertos decidiesen lo que tiene de cierto o de falso, pero estando prestos para denunciar y rebatir todas aquellas proposiciones o teorías que escapan de los límites de la ciencia y, por lo tanto, de su método experimental y no son verificables.

Con la sociobiología puede, y de hecho está ocurriendo algo similar. Para realizar este trabajo hemos consultado una amplia bibliografía. Algunos textos son favorables a la sociobiología, pero la inmensa mayoría son críticos, a veces extremadamente críticos, y no hemos apenas encontrado mención al tema religioso o cuando la hay es para corroborar el análisis. El caso máximo de ceguera es la aportación del zoólogo portugués Archer que trata el tema en profundidad, para una vez analizados y aceptados los argumentos wilsonianos de la genética del impulso religioso y la selección natural entre las distintas religiones, acabar defendiendo la aparición de un nuevo Teilhard de Chardín que, abrazando los postulados sociobiológicos recristianice su contenido, lo cual llevaría a transfigurar el mensaje evangélico y al desprecio de los científicos que no verían en su formulación más que poesía épica pero poco o nada de ciencia (75).

Una vez más el marxismo ha sido más hábil y resuelto. Ya hemos señalado cómo las primeras críticas a la sociobiología se producen en 1975 por el grupo radical norteamericano «Ciencia para el Pueblo», porque en ella se ponen en tela de juicio algu-

(75) ARCHER dice textualmente: «Y si TEILHARD hubiese conocido a WILSON, habría abrazado con tal alegría todos los datos de la sociobiología sobre la religión, que no los hubiera logrado mantener encerrados en los dilemas del cientifismo materialista y empirista en que WILSON se ha enredado, sino que hubiera ido con ellos, a lo largo de su dinamismo immanente hasta el punto omega del Universo». Cit. LUIS J. ARCHER, *La amenaza...*, op. cit., pág. 148.

Esta postura tan especial de ARCHER había sido puesta de manifiesto por PEDRO OÑATE en la crítica de su libro (*Ya*, 2 de julio de 1983) y por M. PRIETO RIVERA. S. J., «Biología, filosofía, teología», en *Roca Viva*, núm. 207, marzo, 1985, págs. 123-128.

nos dogmas marxistas y su primacía en el materialismo científico. Desde entonces se sigue criticando a la sociobiología (salvo en lo que concierne a la religión) por parte de los canales habituales de la izquierda con ribetes culturales o científicos.

Afrontemos el desafío sociobiológico ciñéndolo a sus justos límites, dejemos lo que tiene de científico en manos de los hombres de ciencia y rechazemos sus especulaciones éticas, filosóficas o metafísicas desde estos mismos campos. Contrastando sus argumentos con los sólidos principios de la razón no tenemos nada que perder. Wilson, Trivers, Alexander y otros sociobiólogos acabarán ocupando el lugar que les corresponda en la Historia de la Ciencia y esperemos que nunca aparezcan en la Historia de la Filosofía o de la Teología.